
V. ENTREVISTAS

Entrevista a la Mag. María Clotilde Yapur

María Clotilde Yapur es Magister Scientiarum en Educación de la Facultad de Humanidades de la Universidad Central de Venezuela; Especialista en Planeamiento Integral de la Educación (ILPES/UNESCO) y en Gestión Universitaria (Instituto de Gestión y Liderazgo Universitario, Organización Universitaria Interamericana); Profesora en Pedagogía de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Tucumán. Se desempeña como Profesora Titular en la cátedra de Pedagogía y de Didáctica General de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Tucumán y es Docente Investigadora Categoría I del Programa Nacional de Incentivos. Ha sido Secretaria Académica y de Posgrado de la Universidad Nacional de Tucumán (1994-97 y 1998-2002); Directora del Departamento de Formación Pedagógica de la Facultad de Filosofía y Letras de la U.N.T. y Profesora contratada en la Universidad Nacional Abierta, Caracas, Venezuela. También fue Directora fundadora del Instituto Nacional de Perfeccionamiento y Actualización Docente (INPAD) del Ministerio de Educación de la Nación y Subsecretaria de Educación de la Provincia de Tucumán. Es Directora del Programa de Investigación “Educación Superior, Currículum y Docentes” del Consejo de Ciencia y Técnica de la Universidad Nacional de Tucumán y Directora de la Carrera de Especialización en Didáctica y Currículo, del Ministerio de Educación, Ciencias y Tecnología. Dicta cursos de postgrado y dirige tesis doctorales y de magister en distintas universidades argentinas. Evaluadora externa de Proyectos Institucionales en diferentes universidades del país, públicas y privadas. Consultora internacional de la UNESCO en Bolivia, en Costa Rica, Guatemala, República Dominicana y Paraguay. Consultora Nacional en el Ministerio de Educación y de la OEA y Coordinadora Académica del consorcio de universidades nacionales del NOA. Es autora y coautora de libros y de numerosos trabajos y artículos de su especialidad.

Entrevista: Alcira Alurralde y Ana María Cudmani

Fue una tarde excepcional. Por el frío, raro en Tucumán, por la calidez del encuentro, las emociones, los recuerdos y experiencias compartidos entre taza y taza de café... Porque era, además, el día del amigo. ¿Por dónde empezar? ¿Nos podría contar cómo se despertó en usted el interés por la educación?

CY. Me encantaba la escuela, ya desde la primaria. Iba con mi hermana a la escuela 9 de Julio. Era una de las escuelas del gobernador Campero, del primer gobierno radical en Tucumán. Había en mi casa unos tablores, no teníamos pizarrón. Yo los colocaba sobre las sillas y allí escribía. Ma, me, mi, mo, mu... ¡¡me paraba y explicaba!! Influyó mucho la maestra de 4to grado, era muy dedicada. Era una persona culta y nos enseñaba cosas lindas. La queríamos mucho. Con una compañera, decidimos rendir el quinto grado libre. La señorita María del Carmen nos iba a preparar. Todo el verano fuimos a su casa en tranvía. Hice el quinto libre y pasé a sexto. Me parece que desde entonces no tuve más vacaciones, siempre organicé hacer cosas. Por otra parte, la casa, mi familia favoreció mucho mi interés por el estudio y la escuela. Éramos tres hermanos; yo era la “estudiosa”, era como un obligado destino. Mi hermana, hacendosa, pulcra, cocinera. Yo no era nada de eso. ¡Que importante la casa! Para mamá era fundamental la escuela. Delantales, zapatos lustrados, cuadernos, libros... todo listo. Ella apenas tenía una primaria incompleta, pero valoraba mucho el poder de la escuela para una vida mejor.

Y su paso por la secundaria, ¿tuvo algo que ver en su trayectoria?

CY. Sin duda. En 2009 cumplimos 50 años de egresadas de la Escuela Normal. Nos encontramos nuevamente y coincidimos en que nuestra secundaria fue divertida, y placentera. Ingresé el año de “la Libertadora”, 1955, que implicó un cambio muy fuerte en la Normal. Había ocho divisiones, 40 alumnos por curso. Y terminamos casi todos.

Entonces, el fracaso escolar no se vincula directamente con la cantidad de alumnos...

CY. No depende de la cantidad de alumnos por división, o no es al menos tan determinante. Los profesores no tenían tantas horas de trabajo en ese entonces por esta razón nos conocían por el apellido y corregían inmediatamente los deberes (dictados, ejercicios, redacciones) y esto favorecía el aprendizaje. Recuerdo especialmente a la profesora de Lengua, era muy estricta. En el primer dictado saqué un dos. Mamá me dijo, preguntale a la profesora qué podés hacer para mejorar la ortografía. Dictados de Platero y yo. Mamá dictaba, yo escribía y luego corregíamos con el libro al frente. ¡Casi lo sé de memoria! En segundo año tuve una profesora de Geografía inolvidable, Susana Olmos de Calderón; ahora la veo como una versión femenina de Néstor Grau¹, Todavía recuerdo cosas que aprendí con ella. Trabajaba con artículos de diarios, con la parte económica. En 1956, año de la última epidemia de poliomielitis, en literatura leímos el Romancero Gitano de García Lorca; estudiamos la guerra civil española, el franquismo. Me horrorizó la muerte de García Lorca. ¿Cómo fue posible semejante castigo a un poeta? ¿Cuándo decidí ser lo que soy? Por decirlo de alguna manera, en ese momento creo decidí ser una mujer progresista. Tuvimos también una profesora de Literatura, joven, que luego estudió Sociología en la UBA, carrera e instituto dirigido por Gino Germani. Me parece que en ese entonces los profesores tenían más tiempo y se dedicaban más a los alumnos. La actividad escolar nucleaba, teníamos muchísimas vivencias y anécdotas compartidas. No rendí ninguna materia en el secundario, pero estudiaba en diciembre y marzo ayudando a mis compañeras quienes venían a mi casa. Les explicaba y esto me permitía aprender más. Lo hice hasta quinto año. Sería una especie de tutoría estudiantil. En

¹ Susana Olmos de Calderón y Néstor Grau, profesores de Geografía y Filosofía respectivamente. De ellos aprendí lo disciplinario y también el amor a la naturaleza. Ambos andinistas y excelentes maestros.

4to comencé el magisterio. Recuerdo las clases de Roberto Rojo², excelente docente, quien nos enseñaba Lógica.

¿Había en ese entonces militancia política en la Normal?

CY. En 1958 la Normal fue centro de la movilización del nivel secundario, en el debate “Laica o Libre”. Fue un proceso extremadamente importante para la juventud. Por su ubicación en el centro de la ciudad, allí nos reuníamos con los chicos del Gymnasium, del Nacional y las otras escuelas secundarias. Fue un aprendizaje político intenso, desde entonces supe que en la facultad tenía que pertenecer al Centro de Estudiantes (reformistas).

Terminando la secundaria y con ella el magisterio ¿Cómo se define su vocación?

CY. ¿Qué estudiar en la universidad? Estaba entre Ciencias de la Educación y Filosofía.

En Ciencias de la Educación había muchas materias filosóficas. Me decidí por Ciencias de la Educación por las posibilidades prácticas que implicaba y, además, ambas carreras en esa época tenían muchas materias en común, sólo había seis de diferencia.

¿Puede contarnos qué profesores de la universidad influyeron en su mirada sobre la educación?

CY. En cuestión de enseñanza, recuerdo especialmente las clases de Antropología Filosófica, con María Eugenia Valentie³. Éramos pocos

² Roberto Rojo (1925-2010) Docente e investigador de la Cátedra de Lógica de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNT. En palabras de su discípula María Josefina Norry, “fue un maestro generoso de su tiempo, sus conocimientos y su biblioteca, un maestro que nos enseñó no sólo temas filosóficos, sino también cómo hacer filosofía”.

alumnos. Yo tenía la sensación de que la clase estaba dirigida a mí. Nos transmitía pasión por el conocimiento, por las ideas, por los autores. También valoro mucho al profesor Luis Eduardo Salinas. Fue Jefe de Trabajos Prácticos en 1961. Yo fui su Ayudante Estudiantil en Pedagogía, hoy llamada Teoría de la Educación o Problemática Educativa. Trabajábamos en contacto con Historia de la Educación, con María Teresa Gramajo de Seeligman; para mí también ella es una gran maestra, con quien aprendí a escribir trabajos académicos. En un comienzo estaban presentes en la carrera de Ciencias de la Educación algunos rasgos liberales, pero la orientación dominante era espiritualista, con influencia alemana. Había pedagogos importantes en Argentina, como Juan Mantovani, entre varios. Eran democráticos pero tenían cierto rasgo conservador. Mantovani fue un estudiante reformista, hombre de trayectoria democrática, que vinculaba la educación con los problemas filosóficos. Cuando murió en 1961, en la UBA lo reemplaza Gilda Lamarque de Romero Brest, quien fue jurado en el concurso del Profesor Salinas y lo invita a estudiar en Buenos Aires un breve periodo Y vuelve totalmente transformado. No volvimos a estudiar más Juan Mantovani, ni la filosofía alemana. El cambio tiene que ver con la apertura de los 60, la educación está influida fuertemente por la sociología, las ciencias sociales, política, ideologías. Había gente muy joven, activa, progresista. Era una verdadera fiesta intelectual. También vinieron profesores de otras universidades. Entre ellos Guillermo Savloff, un innovador de relevante formación científica y compromiso social y político. Su especialidad era Sociología de la Educación. Luego fue perseguido y muerto por la dictadura del 76.

¿Cómo vivió el clima de los 60 en la Facultad de Filosofía y Letras?

³ María Eugenia Valentí (Genié), profesora emérita de la UNT, fallecida en julio de 2009. Fue docente de las cátedras de Metafísica y Filosofía de la religión en la Facultad de Filosofía y Letras. Investigadora y autora de numerosas publicaciones.

CY. Era una época de gran movilización intelectual, de efervescencia política e ideológica. Fueron años muy activos. Se volvía a pensar el mundo desde lo político, lo ideológico, lo económico. La educación aparecía como motor del cambio... y había confianza en que el cambio era posible. Estaban presentes ideas radicales, socialistas, comunistas, trotskistas, maoistas. El espectro completo de las izquierdas setentistas. Leíamos la Pedagogía del Oprimido de Paulo Freire. Fue una época de grandes cuestionamientos, de cambios de paradigmas y de apuro por la transformación radical.

Además, el lugar de encuentro fuera de la universidad, era “La Cosechera”,⁴ una especie de universidad paralela. Recuerdo mi participación en el primer trabajo empírico sobre Deserción y Caña de Azúcar, dirigido por Guillermo Savloff. Cursábamos un seminario sobre Educación Rural y se trabajaba en contacto con ATEP (Agregación Tucumana de Educadores Provinciales) y organizaciones de trabajadores de la caña de azúcar. Era la época de la actuación de Arancibia, primer presidente de ATEP y fundador con otros de la CTERA (Confederación Trabajadores de la Educación de la República Argentina).

A su vez, participaba del movimiento estudiantil. Mi militancia era cercana al Movimiento Nacional Reformista. En 1964 fui como estudiante a la Asamblea Mundial de la Educación en México, representante de mi estamento de la UNT. Y en un congreso de educadores del Noroeste Argentino en Cafayate presenté un trabajo sobre “El perfeccionamiento docente”. Esto fue en 1964 y el tema sigue siendo central en mi carrera académica. Me recibí en 1965. En la Facultad, el entusiasmo por conocer se reflejaba en mi asistencia a muchos de los cursos ofrecidos por la institución que no formaban parte del plan de estudio cursado. En ese año concursé como ayudante graduado. El golpe del 66 no nos cesantó, aunque significó un cambio en la dinámica académica. Hasta el

⁴ Bar del centro neurálgico de San Miguel de Tucumán, que nucleaba noche a noche a la intelectualidad progresista tucumana.

golpe de 1976, gané cuatro concursos de auxiliar docente, en dos asignaturas (Pedagogía y Filosofía de la Educación) y a los 30 años participé como una de las fundadoras de la Universidad Nacional de Salta. Mi inicio y formación teórica en educación data de esa época.

¿Y en lo laboral....? ¿Podría señalar hitos, jalones en su vida profesional? ¿En su acercamiento a la didáctica?

CY. Siempre tuve por lo menos dos trabajos. Desde el 62 fui maestra. Luego ayudante estudiantil, jefe de trabajos prácticos hasta 1976. Eso significa, facultad-academia, aula-práctica. Me ayudó mucho Elvira Orella⁵, presidente del Consejo de Educación en la época de Lázaro Barbieri (1964-66). Unos años después ingresé en el Gabinete Psicopedagógico de la provincia. Allí conozco a mi amiga y colega Alba López de Núñez. En esa etapa, recién recibida y trabajando en el gabinete, fue muy interesante (y también cuestionada) la experiencia de los “Grados A”, donde se nucleaba a los chicos repetidores, que en ese entonces eran uno de cada cuatro inscriptos en primer grado. Hubo más de 250 secciones de “grados A”. Se trabajaba con los maestros. La idea era sacar adelante a los chicos a través de la acción de los docentes. Fue fundamental el acompañamiento a los enseñantes apoyándolos profesionalmente. Rescato como otro hito importante la creación de la Universidad de Salta, en 1973. Era muy joven y actué como coordinadora del ciclo de admisión; considero que tal como estaba concebido constituyó un antecedente del Ciclo Básico Común de la UBA en los ochenta. Era un curso de cuatro meses, que debían realizar todos los alumnos, con estudios generales de historia, política, centrado en Latinoamérica. Teníamos la influencia de Darcy Ribeiro, brasileño, destacado reformador de las universidades latinoamericanas. Fue un grupo muy interesante, pero duró poco. Una experiencia maravillosa donde trabajábamos en

⁵ Elvira Orella, Profesora en Historia, tuvo a su cargo las cátedras de Didáctica General y Especial – Historia y de Prácticas de la Enseñanza de la Historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNT.

la formación de los profesores que dictaban el ciclo de admisión con una perspectiva interdisciplinaria y pedagógicamente emancipadora.

La dictadura marcó un hito en su vida personal y profesional...

CY. Yo me moría de miedo. Tuvimos alumnos desaparecidos. El 6 de abril del 76 fui suspendida y luego cesanteada junto a otros profesores. Se aplicaba la “Ley de seguridad del Estado”. Luego vino el exilio, Venezuela. Me ayudó a salir del país, entre otros, Francisco Delich, de Clasco y Hebe Vessuri quien residía en ese país. Fueron años de incertidumbre. Era muy complicado conseguir la visa y según mi percepción, había ambigüedad en la aceptación de los extranjeros. Por una parte, los exiliados del cono sur contribuyeron a la expansión y consolidación de la educación superior venezolana, pero tenía dificultades laborales, hubo ocasiones en que los contratos duraban solamente un mes. La experiencia del exilio fue traumática, difícil, pero también ofreció muchas oportunidades. Concurse en la Universidad Nacional Abierta, creada por Carlos Andrés Pérez, como Profesora Asociada. Mi trabajo era como especialista de contenido y producía cursos a distancia. Durante seis años trabajé escribiendo y haciendo ítems de evaluación. En ese entonces era fuerte en la Didáctica la influencia norteamericana, Bloom y su taxonomía... Fue una experiencia de alto contenido profesional y humano, porque con mi formación sesentista tenía que aprender ¡el neoconductismo y la tecnocracia! Agua con aceite. Pude hacer una Maestría en Educación, mención Tecnología Educativa. Fue un proceso muy rico. Leíamos muchísimo, especialmente artículos y temáticas polémicas. Tomábamos a autores, tales como Ausubel y a sus críticos y luego se generaban debates. Era la Universidad Central de Venezuela, dirigida por la izquierda marxista venezolana y al mismo tiempo, la concepción de la educación era ¡tecnocrática! La maestría fue muy importante en mi camino hacia la didáctica. Pero estaba convencida de que esa didáctica no era la de la Argentina... Donde tenía vigencia Avolio de Colls, muy criticada ideológicamente pero también tomada en cuenta en la facultad. ¿Por qué tuvo tanto éxito esta corriente? Creo que se debía a que era autora de un manual que contenía todas las

respuestas, facilitaba la tarea. El exilio nos hizo más tolerantes, más respetuosos de las diferencias. Y desde un punto de vista profesional me permitió tener una experiencia internacional importante. Y el tema era el mismo: la docencia, en sus distintos niveles educativos. Recuerdo en Paraguay, mi tarea fue capacitar a los docentes de las escuelas agropecuarias y forestales. Conozco el Paraguay profundo de los ochenta. En cambio mi actuación en Costa Rica, Guatemala, República Dominicana fue con los docentes de postgrado. Siempre los profesores.

Al volver la democracia pudo usted retornar a la Argentina, a Tucumán, a la Universidad. ¿Cómo fue su regreso a la docencia?

CY. Pude volver a Argentina en 1984. Con toda la experiencia venezolana, ingresé nuevamente a la UNT como adjunta en Teoría de la Educación. En 1988 tuve la oportunidad de concursar para profesora Titular en Didáctica General y Especial, que en ese entonces era materia común a todos los profesorados. Ya era una cátedra grande, con una impronta interdisciplinaria, donde el profesor de Ciencias de la Educación dirigía todo; había una partitura general y cada uno (los profesores de las didácticas especiales) interpretaba su instrumento, pero en función de la general. Cuestiono esa relación de dependencia; epistemológicamente era muy debatido ese vínculo. Queríamos cambiarlo y a lo largo de tres años pensamos distintas alternativas, discutíamos si en el desarrollo debían ir juntas la didáctica general con la especial, simultáneamente o en forma separada o sucesiva... Estudiábamos la temática de la formación docente, formábamos un equipo y en 1994 por primera vez concursamos para un proyecto de investigación binacional: ESCUDO (Escuela, currículo y docencia). Fue el proyecto sobre el pensamiento práctico del profesor; trabajamos en contacto con los españoles Pérez Gómez y Gimeno Sacristán. Todas las disciplinas estaban involucradas y así poco a poco la cátedra se fue consolidando como un grupo de docencia e investigación. Se planteaba una relación entre la didáctica general y especial más teórica, no solo técnica. En el último tiempo las didácticas específicas avanzaron en sus producciones teóricas, su campo se fue construyendo y fortaleciendo. Este fortalecimiento no fue

homogéneo, ya que dependió de los desarrollos de cada campo disciplinar. Está muy claro que, en este momento las didácticas específicas no son ya “reglas de aplicación”. El ejemplo más claro es la publicación del proyecto de investigación del 2003, “Las didácticas específicas y las prácticas docentes”, donde sólo el prólogo fue escrito desde la didáctica general.

En relación con esta temática, recuerdo que su presencia y su concepción de la didáctica fue decisiva en el Centro de Pedagogía y en el INPAD.

CY. Si, el Centro de Pedagogía Universitaria (CPU) dependía directamente del Rectorado, hijo de la democracia de 1983. Conformamos un equipo con una gran confianza en la posibilidad del cambio. Quizás hubo una sobrevaloración de posibilidades, cierta omnipotencia, visto hoy. Éramos un grupo alternativo, contestatario, con sus propias propuestas, distintas a las de la Facultad; ello trajo aparejado algunos problemas de “territorio”. Se trabajaba en “talleres”, era una novedad; se cuestionaba la organización jerárquica de las cátedras, se quería romper con el autoritarismo. Se integraban el marco teórico, teoría de la comunicación y las teorías sociológicas del conflicto, por una parte, y la experiencia de talleres vivenciales, reflexivos con ingredientes psicoanalíticos, por la otra. Ambas vertientes modelaron la capacitación del docente universitario con una estrategia innovadora del CPU. El Instituto Nacional de Perfeccionamiento y Actualización Docente, dependiente de la Secretaria de Educación del Ministerio Nacional tuvo lugar entre 1987-89, final del gobierno alfonsinista. Fue muy importante la presencia y la impronta dada por Marta Souto. Marcó una crítica al proceso de capacitación tradicional, que implicaba una bajada, una imposición de “meter en la cabeza y en el corazón de los docentes” las innovaciones. Pero... ¡los docentes no parten de la nada! El INPAD, con ocho centros en el país, buscaba formar buenos docentes; los que participaban trabajaban en el marco del sistema educativo, en una modalidad que unía la formación a distancia con las tutorías. Las tutorías se caracteri-

zaban por la interdisciplinariedad y el trabajo dinámico de interpretación del vínculo docente-conocimiento-tutor.

¿Qué otras experiencias de perfeccionamiento docente puede mencionar?

CY. Otra experiencia de formación docente fue el “Circuito E” (1997-99), destinado a los profesores de los profesorados de nivel terciario no universitario. Se les proveía de todos los recursos, desde la movilidad hasta los libros, fotocopias, etc. Para el conjunto de los profesores del Departamento de Ciencias de la Educación fue una experiencia innovadora en materia de extensión. Salíamos al ruedo de los profesores terciarios como un equipo institucional. Tuve la oportunidad de dirigir esa “movida”. A partir de los noventa, trabajé/trabajamos mucho en la capacitación de los docentes. Partimos del supuesto de que el docente es un actor protagónico del cambio. Quizás sea una concepción un poco mecanicista y hasta cierto punto ingenua el pensar que el conocimiento que les ofrecemos a los docentes es novedoso y ellos lo desconocen totalmente. En estas experiencias masivas aprendimos que se superponen o se mixturán experimentación y política. Por un lado, el mensaje capacitador es de cambio, por el otro, las conducciones políticas de la educación buscan acciones visibles, masivas, de rentabilidad política. Pero los tiempos políticos no tienen el mismo ritmo que los tiempos de los docentes en el aula. Y otra dificultad fue que si bien se capacitaban muchos docentes, el Circuito E no fue evaluado convenientemente, por lo que no sabemos cuál fue su impacto real en el sistema educativo.

Una cuestión que nos preocupa, relativa a la obligatoriedad de la escuela secundaria y sus objetivos es la formación de la ciudadanía. ¿Considera que esta temática es atendida en la formación docente en la actualidad?

CY. Estamos en deuda, quizás atrasados, con respecto al planteo de la ciudadanía. La didáctica no puede separarse de los grandes objetivos de

la educación sistemática: la formación para el trabajo, predominante en la universidad y la ciudadanía, permanente y dominante en educación inicial, primaria y secundaria. En la actualidad, nuestra obligación es enseñar para que se pueda ser un ciudadano activo, se pueda desempeñar prácticamente en la sociedad con competencias tales como la lectura comprensiva de un diario y de los medios de comunicación, la argumentación razonada en los asuntos cotidianos, la capacidad para pensar abstractamente, trabajar en equipo y ser capaz de producir textos correctos. La ciudadanía es un tema netamente político. Ya no basta entenderla sólo como el derecho a votar, a leer y escribir; incluye también, por ejemplo, a la alfabetización científico/tecnológica, a la capacidad de exigir más democracia a través de las nuevas organizaciones sociales. Así, la ciudadanía se amplió en contenidos y en compromisos frente a la sociedad. A la escuela ahora, como en el siglo XIX, le compete un rol muy importante. Me pregunto: ¿Tiene preparación el docente? ¿Hasta qué punto es consciente de su rol en la construcción de la ciudadanía? ¿Está preparada la escuela para brindar oportunidades de aprendizajes emancipatorios? Es todo un desafío. Este año, con toda la temática del Bicentenario, hay muchísimo material para abordar la problemática de la construcción de ciudadanía. Es como nadar en medio de los libros, los videos, las historietas. La enseñanza de la Historia, por su objeto de estudio puede contribuir más que otras disciplinas a la formación ciudadana. Los docentes juegan un rol muy importante en este tema; deben comprometerse a ofrecer oportunidades para analizar, desentrañar y cuestionar el material disponible, deben aceptar el desafío. La didáctica tiene que incorporar, encontrar en cada cosa del mundo cotidiano los universales, las tendencias, las teorías, los supuestos. El profesor debe tener una formación más amplia. Un interés por la realidad y además, que le guste ser docente, que ame y le apasione tanto su disciplina como el hecho de transmitirla/construirla. Me parece que necesitamos docentes comprometidos.

Sentimos que esta entrevista podría prolongarse mucho más. En este recorrido, fuimos, volvimos, nos reconocimos como discípulo-

las, también como colegas con itinerarios compartidos. Para finalizar: ¿Nos dejas algún mensaje?

CY. En este momento en que estoy terminando mi carrera... creo estar pasando por un muy buen momento como docente en todos los ámbitos en que desarrollo mi tarea: en la facultad, en los postítulos, en los postgrados. La docencia es trabajo, una práctica social como dicen los libros, pero más aún es una *práctica humana*, que encierra esa especie de plus psicológico de satisfacción, de responsabilidad moral. Una se pone contenta cuando los alumnos te atienden, te miran, te escuchan en silencio, te preguntan. Cuando elaboran trabajos y los exponen y reflexionan da mucho gusto. La clave está en el amor al conocimiento y a las personas. Yo lo que les ofrezco es un conocimiento, una versión de la realidad; ellos lo pueden tomar o no, no me molesta si no lo toman. Que se planteen qué quieren hacer por su propia vida y la de la sociedad en donde viven. Ahora me gusta mucho trabajar la didáctica en el cine. Descubro que una tiene una especie de mirada romántica con respecto a la docencia. El docente triunfador, el que puede mostrar caminos. Pero creo que la vida no es romántica, es más bien como "Entre muros"... y si uno no les hace ver a los alumnos las distintas realidades, corrés el riesgo de mostrar sólo un docente ideal, un sacerdocio. Y no es así...

Fue realmente un placer compartir estos momentos. ¡¡Muchas gracias Clotilde!!